

### CAPÍTULO III

#### LA INQUEBRANTABLE FIRMEZA DE JUÁREZ COMIENZA.

A los militares extranjeros amigos de México les llamó bastante la atención nuestro sistema de defensa nacional expresado por el encierro en plazas fuertes : « Y el general Milans del Bosch me escribió con fecha primero del actual en su nombre y en el del general Prim para manifestarme con objeto de que lo transmita al Presidente Juárez que á su juicio y en el de otros amigos nuestros en Madrid, es un sistema ruinoso y que debe abandonarse enteramente, el de tratar de defender plazas fuertes (1) ».

Juárez debió haber leído oportunamente las recomendaciones que un gran soldado, Simón Bolívar, dió al general Santander, Presidente de Colombia, relativas al modo de defenderse contra el ataque de las tropas francesas que probablemente debían invadir á Venezuela. Bolívar era general de veras y no gustaba de baladronadas y garrulerías y sus con-

(1) M. Romero á Ministro de Relaciones en México. Abril 22 de 1865. *Correspondencia*, tomo V.

sejos fueron bien acogidos por el general Santander, que era también distinguido militar.

« Yo creo que toda resistencia que se haga á los franceses, escribía Bolívar, siendo de frente, es destructora para nosotros. Puerto Cabello y Cartagena deben ser defendidos á todo trance metiéndoles seis ú ocho mil hombres á cada punto. El territorio que se evacue debe cubrirse por guerrillas mandadas por oficiales muy determinados. Nuestra guerra activa no debe comenzar sino uno ó dos años después que el ejército francés esté casi destruído. Lo que se llama guerra de posiciones es inútil con ellos, porque son muy atrevidos y con su artillería hacen prodigios. La guerra de Rusia y la de Haití deben servirnos de modelo en alguna cosa ; pero no en el género horrible de destrucción que adoptaron, pues aunque allí fue útil, aquí no sirve de nada, porque lo que se destruye es inútil á todos. Los franceses recibirán refuerzos de fuera, y nosotros no recibiremos otros que los de casa. Además, cuando el país se destruye el enemigo lo evacua y el amigo perece en él. En Rusia había hielos, en Sto. Domingo cenizas que producían fiebres, y aquí no habrá más que inmensos desiertos propios para vivir al abrigo de esos males (1). »

(1) General Bolívar al general Santander, Marzo 11 de 1825, Carta remitida á Juárez por el general Mosquera, en Abril de 1865.

El general boero De Wet, uno de los verdaderos héroes de la memorable guerra sud-africana, que hizo con notable valor, tenacidad y habilidad los tres años de campaña, ha escrito con toda calma, verdad, sencillez y grandeza : « La toma de esta ciudad (Bloemfontein) no era solamente para nosotros una vergüenza, sino un desastre aun más peligroso por sus consecuencias que por sí mismo. Viendo su capital tomada nuestros burghers desorientados, desamparados, *perdieron todo su valor*. El pánico se hallaba en todos los comandos que burghers desmoralizados abandonaban para volverse á sus hogares. Ya los de Jauresmith, de Jacobsdal, después los Poplar Grove, se habían retirado; después de lo de Bloemfontein casi todos en desorden, con los caballos y los carros que acompañaban á los comandos, huían en todas direcciones. Ante esta desbandada me resolví muy á mi pesar á dar alguna calma á mis tropas, licenciándolas y enviándolas por algún tiempo á sus hogares (1). »

Lo que les pasó á los boeros, impregnados de terror, ya les había pasado á los primeros soldados del mundo, sobre todo después de la capitulación de París. A la raza heroica griega la hacía huir una odalisca ó cualquier objeto con tal que

(1) De Wet, *Trois ans de guerre*, pág. 70.

fuera turco, después de la batalla de Damokos. A su vez los turcos después de Plewna, se llegaron á enloquecer por el pánico, al grado de arrojar á los precipicios de los Balkanes con tal de no oír silbar balas rusas.

El pánico de Bull Run ha quedado anotado en las enseñanzas militares para graves estudios.

Pero si un general mexicano hubiera escrito lo que el general De Wet, se le hubiera anatematizado con la frasecilla banal, indecorosa, incivil; « es cierto, pero esas cosas no se dicen ». Nuestra vanidad es un jugo de ignorancias; se pretende hacernos pasar por maravillosos en letras de imprenta, porque verbalmente somos los más audaces para decir la verdad y los más hipócritas para deshonorarla con la pluma. La caída de Puebla causó la pérdida de la ciudad de México, y el golpe de pánico, inevitable como la explosión de la pólvora cuando se le arroja fuego, dió lugar al ejército francés de glorificarse por su campaña en el interior del país, que no fué en realidad más que una persecución sobre fugitivos intensamente desmoralizados. Pero ese pánico lo preparó el sistema de defensa concebido y ejecutado por el gobierno de Juárez.

♦♦

Una vez llegados á San Luis, en Junio de 1863,

Juárez y sus ministros y amigos ilustrados que lo rodeaban, debieron meditar. La guerra ya no podía continuarse por medio de *sitios*; mucho menos la guerra defensiva, llamada de *posiciones*; muchísimo menos la guerra ofensiva. El ejército enemigo había aumentado considerablemente. El liberal había disminuído considerablemente en moral. La incorporación á las fuerzas intervencionistas de gran parte de los soldados de Puebla y las defecciones que tenían lugar todos los días habían rebajado la moral militar de las tropas liberales hasta hacerlas deplorablemente cobardes.

Si el ejército de Oriente, 24,000 hombres, la mayor parte disciplinados y moralizados, no habían podido evitar en dos meses una completa ruina luchando en compañía de los 6,000 reclutas de Comonfort, contra 32,000 franceses y 2,000 intervencionistas, era la más insigne de las torpezas pretender que nuevos reclutas desmoralizados hasta la eclampsia del pánico pudiesen hacer una resistencia mayor de dos meses contra 60,000 hombres ó más, provistos de toda clase de recursos y con la moral muy alta.

Para continuar la resistencia en los términos menos desastrosos posibles, era indispensable apreciar los elementos del enemigo y los propios. Al abandonar Juárez la capital el 31 de Mayo de 1863 y fijarse en San Luis Potosí en Junio siguiente,

el enemigo contaba : con dinero á discreción, con 60,000 hombres, con la miseria del gobierno juarista que no podía sostener á una gran masa de jefes y oficiales obligados á morir de hambre ó á reconocer la intervención, que era lo que preferían por lo común, y por último contaba con el pánico que soplaba en la conciencia de casi todos los jefes, oficiales y soldados republicanos. La primera determinación que debió haber tomado Juárez, era dejar pasar la tormenta, correr el temporal á palo seco.

Para hacer bien la guerra se necesitan soldados, armas, dinero é inteligencia. Por lo mismo que los soldados indígenas hacen el servicio militar por la fuerza cualquiera que sea el partido que los sacrifica, Juárez contaba con todos los indios de la República para el instante en que quisiera reclutar gente, al estilo mexicano. Armas había bastantes en poder de los gobernadores de los Estados; faltaba dinero, pero había donde adquirirlo.

♦♦

Con motivo del bloqueo de los puertos sudistas de los Estados Unidos por la flota del Norte, el algodón, principal producto de los esclavistas, no podía ir á Europa más que importado á México por Piedras Negras y exportado por Matamoros.

La aduana de Piedras Negras producía por lo mismo considerables rentas. El cacique de Nuevo León, Vidaurri, había resuelto apoderarse de los cuantiosos productos de la aduana de Piedras Negras desde principios de 1862, y Juárez, no disponiendo de fuerzas para castigarlo, se mantuvo impasible sufriendo el despojo vandálico de las rentas federales.

El Lic. D. José María Iglesias, Ministro de Juárez en 1864, nos enseña : « Entre las rentas de la Federación de que ha estado disponiendo (Vidaurri) por tanto tiempo, la principal es el producto de la aduana fronteriza de Piedras Negras, la cual ha llegado á adquirir una importancia excepcional. Trasladada directamente al administrador de esa oficina la disposición de que sus rendimientos ingresasen á la Tesorería general de la Nación, contestó que tenía orden del gobierno del Estado de no obedecer la de ninguna otra autoridad ni que se dispusiese de un peso..... (1). »

Esto lo decía el señor Iglesias en 28 de Marzo de 1864. El ejército francés y las fuerzas intervencionistas dejaron á Juárez descansar y sin meterse con él para nada desde el 1º de Junio de 1863, hasta el 25 de Diciembre del mismo año, casi seis meses y no obstante estar libre Juárez para des-

(1) Lic. José María Iglesias, *Revistas históricas sobre la intervención francesa*, pág. 250.

tronar al desleal y defraudador Vidaurri y apoderarse de la aduana de Piedras Negras, la dejó en su poder diez meses, perdiendo un millón setecientos mil y pico de pesos. Desgraciadamente la característica de Juárez era la expectación sin estupefacción.

Por lo muy bajo, Juárez pudo reunir después de su salida de la capital y con los productos de dos meses de recaudación de la aduana de Tampico, de cinco de la de Mazatlán y de catorce meses de las aduanas de Piedras Negras y Matamoros, cuatro y medio millones de pesos que, colocados en los Estados Unidos, hubieran representado una fuerza poderosa para el momento oportuno de abrir la campaña contra el Imperio.

\*  
\*  
\*

¿Cuál debió ser el objetivo de la guerra? ¿Derrotar á 32,000 soldados franceses de primer orden? Para tener probabilidades de derrotar con reclutas que se batían en su gran mayoría contra toda su voluntad, á 32,000 franceses, se necesitaba en primer lugar dejar pasar el período de pánico, pues dentro de él, no hubieran sido suficientes un millón de republicanos. En segundo lugar, era preciso tener tiempo de medio foguearlos y disciplinarlos y elevar su número á 100,000 por lo menos. Ni

armas, ni dinero, ni tiempo, había ni podía haber para semejante empresa.

Además, supongamos que hubiera sido posible organizar 100,000 hombres hasta hacerlos soldados medianos y que éstos hubieran derrotado al cuerpo expedicionario francés. Ni Napoleón III, ni Francia se hubieran quedado con la derrota y en el caso habría mandado Napoleón 100, 200 ó 300,000 soldados franceses. Una vez comprometido el honor de la nación francesa con un golpe militar de gran desprestigio dado por los mexicanos, no hubiera habido un solo francés que no hubiese obligado á su Gobierno á continuar la guerra. Francia poseía de sobra recursos para sostenerla y para vencernos cualesquiera que hubiesen sido los esfuerzos mexicanos para dejarla vencida y militarmente humillada. En suma, era imposible vencer á Francia militarmente, en grandes batallas campales.

Era pues preciso que Juárez descontara del plan de campaña el ideal irrealizable de derrotar á Francia.

Una de tres cosas : ¿el proyecto de Napoleón era convertir á México en colonia francesa? En este caso Francia haría todos los esfuerzos de que era capaz y lo hubiera conseguido temporalmente por cinco, diez, veinte ó más años; mientras México no se robusteciera ó mientras Francia no se viera obli-

gada por las gestiones europeas á concentrar sus fuerzas en Europa ó mientras que los Estados Unidos continuasen en su exasperante guerra civil. En los tres casos la acción de Juárez era nula, y por consiguiente no debía tomarse en cuenta este proyecto napoleónico, tanto más cuanto que era público que se le había ofrecido el trono á Maximiliano desde 1861, y un archiduque de Austria, hermano del Emperador, no podía, como ya lo dije, absorber el oprobio de ser empleado del Emperador Napoleón, monarca sin nobleza. Además, Maximiliano era presunto heredero del trono de Austria y no se renuncia á semejante posición por un empleo de gobernador de una colonia.

El segundo proyecto de Napoleón podía ser, como ya se decía, adquirir para Francia Sonora ó Tehuantepec. Juárez, no pudiendo defender ni uno ni otro territorio, debía darse por satisfecho con que tal solución tuviera lugar lo más pronto posible, para que el partido liberal quedase en lucha solamente con el clerical, para disputarse el dominio de una república sin Sonora ó Tehuantepec. Una vez triunfante, el partido liberal debía ocuparse de examinar la mejor manera posible de recobrar el territorio perdido. Este segundo proyecto no imponía á Juárez el deber imposible de vencer militarmente á la nación francesa.

El tercero y último proyecto de Napoleón sólo podía ser colocar en el trono á Maximiliano, obtener de él concesiones comerciales, ferrocarrileras, bancarias, y dejarlo después que mantuviese el imperio con sus propias fuerzas.

Sin llevar en cuenta la acción de los Estados Unidos, los franceses solamente debían evacuar á México en dos casos: primero, una vez convencidos de haber establecido el Imperio y que éste les hubiera asegurado el pago del costo de la expedición y de las reclamaciones francesas; segundo, una vez convencidos de que el Imperio era un imposible, siempre que no se comprometiera su honor derrotándolos en grandes batallas campales capaces de echar por tierra su merecida fama.

¿Qué era más conveniente, dejar que se estableciera el Imperio sosteniendo por decoro la lucha con guerrillas al mando de jefes y oficiales determinados como lo aconsejaba en 1825, Simón Bolívar, para emprender derrocar al Imperio cuando ya no lo sostuvieran las bayonetas francesas, ó cuando éstas hubieran disminuído considerablemente en número? ¿Qué era más conveniente, suspender la resistencia militar mientras pasaba la tormenta en su máximo de intensidad y mientras se retiraban todas ó la mayor parte de las fuerzas francesas, manteniendo siempre algunas guerrillas en movimiento, ó continuar sin interrupción una

resistencia con pretensiones insensatas de que fuese estrictamente militar?

Si se continuaba la resistencia en el período de pánico, ésta tenía que ser no sólo débil sino ridícula y perniciosa, por desprestigiar la causa liberal mexicana ante los Estados Unidos, ante los republicanos de Europa y ante las naciones hermanas de Centro y Sur América. Batirse en el período de pánico era cubrir de glorias fáciles á los franceses, hartar su jactancia y hacer aparecer á los soldados mexicanos tan cobardes como los chinos; era atraernos el desprecio de la prensa extranjera amiga, como sucedió, y desde el punto de vista militar, era una falta imperdonable.

Si la nación se convencía de que la independencia de México no peligraba con Maximiliano, la nación en su mayoría debía defeccionar y la causa juarista tenía que perder el más importante de sus apoyos. Sin dinero, sin armas, sin el apoyo nacional y más bien con su hostilidad, y teniendo encima 30,000 franceses y 50,000 soldados mexicanos imperiales, la resistencia debía ser doblegarse y sucumbir en muy poco tiempo, en poco más de un año. No hay pueblos indomables más que en la imaginación de dementes é ignorantes oradores y si el 90 por ciento de la nación ó más aceptaba el Imperio, sucumbir era el destino irrevocable, inmediato de la causa republicana.

Tal es como se presentaban las cosas en Julio de 1863; la causa republicana cualquiera que fuese la heroicidad de sus defensores tenía que sucumbir temporalmente durante uno ó cincuenta años. Su salvación única posible dependía de los Estados Unidos y de los desaciertos del enemigo. En el mundo la mayor parte de las victorias de guerra se deben más á los desaciertos del enemigo que al mérito propio, lo mismo en política que en el terreno militar.

Juárez no debió nunca someterse, pero sí hacer lo siguiente: salir de México cuando se aproximaban los franceses, reunir en el interior 5 ó 6,000 hombres y marchar directamente contra Vidaurri, destronar su cacicazgo y apoderarse de las productoras aduanas de Piedras Negras y Matamoros, fijando su residencia en cualquiera de estos dos puntos. Debió ordenar á los Gobernadores de los Estados que se conservasen en sus puestos apoyados únicamente por las fuerzas indispensables para no ser arrojados de ellos por las bandas intervencionistas. Dichos Gobernadores debían reunir la mayor cantidad de dinero posible y situarlo en los Estados Unidos; las armas y parque debían esconderse en las sierras, en los bosques de las tierras calientes y en las poblaciones fronterizas. Desde el instante en que los Gobernadores fueran arrojados de sus puestos por las fuerzas

francesas, por supuesto sin combatir, debían dirigirse á los Estados Unidos á esperar órdenes. Juárez además debió escoger media docena de generales mexicanos, darles la mitad de sus sueldos y encomendarles que asistiesen como testigos á la gran guerra de los Estados Unidos. Debió también hacer que se engancharan en dicha guerra voluntariamente y con el grado que pudiesen obtener en el ejército de los Estados Unidos, aun cuando fuera como sargentos, los oficiales mexicanos liberales sin colocación posible. Y si no era posible como sargentos, como soldados rasos. La vida de un soldado de la Unión Americana en la guerra era más tolerable que la de un oficial mexicano en las fuerzas que combatieron la intervención.

Juárez después de ocupar á Piedras Negras durante el mayor tiempo posible y de recoger las pingües rentas de las aduanas de Matamoros y de Piedras Negras, debió partir á los Estados Unidos, dejando en México organizada una resistencia lo más débil posible, pero constante, por medio de guerrillas mandadas no por bandidos, sino por oficiales resueltos, sujetos clandestinamente á las órdenes de un jefe de zona, hasta donde se pudiera incógnito, que las dirigiese. Estos jefes de absoluta confianza debían estar prevenidos y guardar el mayor secreto de que la salida de Juárez del país era temporal y que duraría mientras los franceses

se retiraban ó disminuían sus fuerzas al ver que el Imperio no tenía enemigos serios ni importantes que combatir.

Si Juárez hubiera salido del territorio mexicano á principios de 1864, pasándose al otro lado del Río Bravo y vigilando desde allí la buena administración de las aduanas de Piedras Negras y Matamoros, y reservando sus productos para cuando debiera comenzar la gran campaña, el convenio de Miramar habría cambiado.

Por este convenio Napoleón se obligaba á elevar á 8,000 hombres la legión extranjera y á sostener en México, comprendida dicha legión,

Durante el año 1865 . . . . .	28,000	hombres
Durante el año 1866 . . . . .	25,000	»
Durante el año 1867 . . . . .	20,000	»
Hasta 10 años después, la legión ex-		
tranjera . . . . .	8,000	»

El convenio de Miramar fué firmado el 10 de Abril de 1864; si México hubiera aparecido casi totalmente pacificado y sobre todo, sin el gobierno de Juárez, que daba á la resistencia un carácter muy serio, las estipulaciones respecto á tropas hubieran cambiado notablemente. Napoleón no hubiera podido resistir á la opinión pública en Francia, que tanto deseaba la vuelta del ejército y por otra parte, Napoleón tampoco quería prolongar la ocupación de México.

En Enero de 1864, el Mariscal Randon, Ministro de la Guerra de Napoleón, escribía al General Bazaine, en contestación á la carta en que le participaba éste los progresos de la pacificación: « Me parece que ahora más que nunca podemos esperar que antes de fin de año, podréis enviarnos parte de nuestros Regimientos, como me lo habéis dicho en vuestra carta precedente. Esto sería más concluyente para satisfacer á la opinión que todos los discursos de los más elocuentes oradores (1). »

No era preciso ni convenía que Juárez esperara para abrir de nuevo la campaña con los recursos pecuniarios que hubiera acumulado y que tuvo tiempo y modo de colocar en los Estados Unidos, á que se retiraran todas las fuerzas francesas; el momento hubiera sido oportuno desde que la reducción del ejército francés hubiera sido poco más ó menos á la mitad, lo que debió haber tenido lugar desde principios de 1865 si Juárez no se empeña con su inquebrantable firmeza en no dejar salir á los franceses de México. La firmeza de Juárez no servía para derrotar á los franceses, sino para evitar que se fueran y dar tiempo á que sucumbiese el grupo heroico de republicanos que se defendían con desesperación; pero cuyo destino manifiesto era sucumbir por falta de elementos y por la persecución que se les hacía,

(1) Gaulot, tomo I, pág. 248.



si no hubieran tenido el auxilio de los Estados Unidos y, sobre todo, sin los desaciertos de Maximiliano. No fué la firmeza de Juárez la que salvó la situación, sino lo que la empeoró inútilmente, como lo veremos en el discurso de este estudio.

## CAPÍTULO IV.

### EL PERÍODO AGÓNICO.

El gobierno de Juárez no comprendió el problema que debía resolver, cuya solución consistía, como he dicho, en conservar los Estados el mayor tiempo posible, recoger dinero, simular la pacificación, mantener una tenue resistencia con guerrillas, es decir, guardar el fuego debajo de las cenizas, para encenderlo con vigor cuando los franceses hubieran retirado, por lo menos, la mitad de sus tropas. Se hizo todo lo contrario de lo debido : se multiplicaron las contribuciones, se impusieron préstamos forzosos, se desarrolló la leva con furor extraordinario, se hicieron requisiciones de armas, de caballos, de mulas, de carros. Se hizo todo lo posible para echar á las poblaciones en brazos de la Intervención. La mayoría de las actas de adhesión al Imperio fueron voluntarias. La mayoría de la Nación no creía ya entonces que la Intervención comprometía la independencia, y el resto, exceptuando el enérgico grupo liberal, estaba hasta por perder la independencia con tal de llegar á conocer el de-